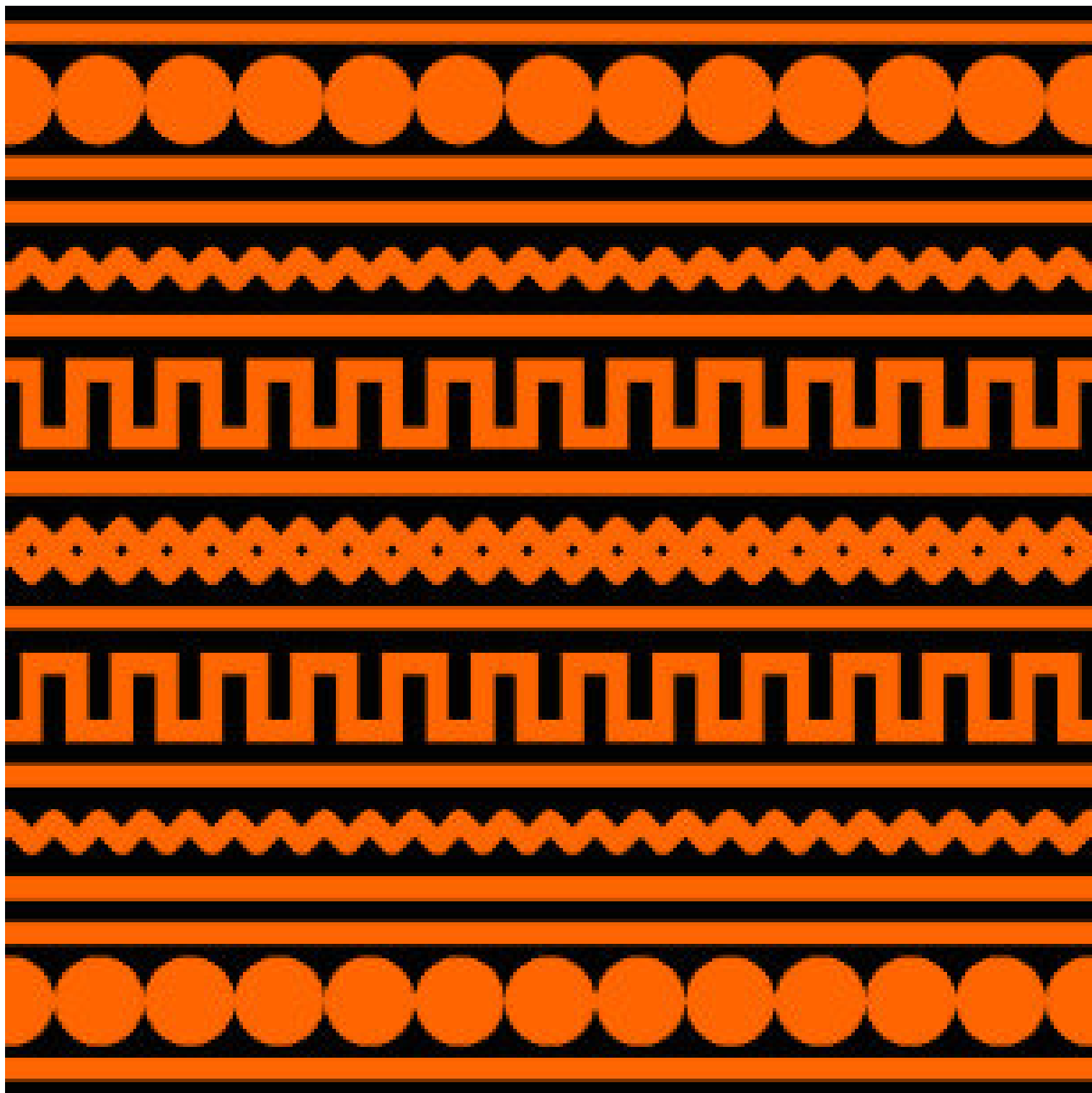


Corona de Laureles

Diego Sobrevilla Moncayo



Capítulo 1

Quién diría en el pasado de mi alma acongojada,
Que hoy soporto como Atlas una sólida roca,
Bajo la roja neblina, de brasa revestido,
Los escombros que algún día anunciaron tu partida.

Han llegado poco a poco,
En vaivenes disfrazados,
De solsticios conocidos,
Que me han vuelto loco.

No viene a menos, de todos admirar,
Porque ante el mundo, de un corazón tenaz,
Duro como el roble, indomable como el mar,
Ha quedado endeble un mendigo de la paz.

No hay mal que por bien no venga,
Estrella imposible nombrar,
Del fracaso nace el arte,
Ya que nada es fugaz.

Pues ahora hay otros vientos,
Conocidos, aunque nuevos,
Que son a mí un atisbo,

Del albor de un sentimiento.

Y rellenan toda grieta,
De la piedra de mi pecho,
Otorgándome un respiro,
Oro puro, gozo pleno.

¡Y cómo hubo celo!
¡Te cubrí con mi velo!
Pero ya no más,
Me lo dice el cielo.

Hoy un alma vieja,
Flagelada en demasía,
Es un alma sana,
Y en perdón se regocija.

Agradeceremos mutuo indulto
A los estragos que has causado,
Inocente ya no es la víctima,
Que fue cómplice de tu pecado.

Este es un último adiós,
Que morirá tras cruzar mi aura,

Pero vivirá como un eco,
Resonando en tus montañas.